

---

---

## Quevedo y los médicos: sátira y realidad

---

---

Al hablar de la crítica o de la sátira en la obra de Quevedo<sup>1</sup>, los actuales estudiosos del ilustre escritor parecen únicamente preocupados por el problema de las fuentes literarias. Desde luego, nadie pone en duda la importancia de ese tipo de investigación ya que permite tener una visión mucho más precisa y clara del ambiente cultural en que vivía el autor estudiado.

Es exacto que, en aquella época, los literatos empleaban verdaderos tópicos arrastrados, obra tras obra, a través de los siglos, pero la originalidad de cada uno y de todos no se limita a la formulación nueva de algo muy antiguo. En el caso que nos ocupa, el de Quevedo, nadie puede asombrarse al encontrar temas y, acaso, fórmulas tantas y tantas veces repetidas a lo largo de las épocas anteriores: es normal y lógica la recuperación de críticas y temas ya conocidos por los lectores cultos que, al leer un episodio, saborean el contenido y la forma<sup>2</sup>.

A partir de tal comprobación se ha llegado a veces a conclusiones del tipo de las de Lázaro Carreter —que no quiere ver en las obras tempranas de Quevedo sino ambición de fama literaria—, de Mérimée E. —que las analiza como un mero juego conceptista<sup>4</sup>—, o de Ilse Nolting Hauff que declara:

*la tesis de que la sátira de Quevedo carece de la componente crítico social ha de considerarse como confirmada...*<sup>5</sup>

Sin embargo, frente a la actitud tajante de los que hacen hincapié en semejante noción, no se debe desechar la aportación de los que como Berumen, Mas o Herrero García demuestran de manera indiscutible que los tipos que aparecen bajo la pluma de los escritores del Siglo de Oro en general y de Quevedo en particular no son meros tópicos literarios, sino el reflejo de una realidad difícil de silenciar<sup>6</sup>. Por otra parte, hay que reconocer que la tendencia actual resta importancia a tales estudios.

---

<sup>1</sup> A menudo se confunden sátira y crítica ya que Quevedo pasa fácilmente de una a otra y mezcla la reflexión amarga o desengañada y el deseo de ridiculizar o de herir con el fin de moralizar.

<sup>2</sup> Véase CHEVALIER, M: *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII* (Madrid, Turner, 1976; cap. «La ética culta», por ejemplo).

<sup>3</sup> LÁZARO CARRETER: *Originalidad del Buscón* (in: *Homenaje a Dámaso Alonso*; II, Madrid, 1961; págs. 319 y sgs.).

<sup>4</sup> MÉRIMÉE, E: *Essai sur la vie et les oeuvres de Francisco de Quevedo* (París, Picard, 1886; pág. 166).

<sup>5</sup> ILSE NOLTING HAUFF: *Visión, sátira y agudeza en los «Sueños» de Quevedo* (Madrid, Gredos, 1974; pág. 159).

<sup>6</sup> HERRERO GARCÍA demuestra en *Oficios populares en la sociedad de Lope de Vega* (Madrid, Castalia, 1977) que muchos de los tipos que aparecen en las comedias de Lope y que se clasifican tradicionalmente como tópicos literarios son el reflejo de grupos que, en la realidad, preocuparon a las autoridades. Por su parte BERUMEN, en *La sociedad española según Quevedo y las Cortes de Castilla* (Abside, XVI, México, 1952; págs. 321-343) pone de relieve el hecho de que los tipos denunciados por Quevedo están en conexión directa con los que aparecen en las Actas del organismo oficial. En cuanto a MAS (*Las Zaburdas de Plutón, ed. critique et synoptique*; Poitiers, 1955?; Appendice II, pág. 93 y sgs.), propone otros ejemplos para completar el artículo publicado por Berumen.

Cuando se trata de enjuiciar las obras de Quevedo, parece como si se diera por admitido, de una vez para siempre, lo que afirma Cèbe al hablar de Séneca:

*Caricaturas corrientes y vulgares en cuanto al tema, sacado de fuentes estoicas de cualquier época o del repertorio de los declamadores, pero originales sin embargo por el vigor del rasgo...*<sup>7</sup>

De aquí las declaraciones de Papell que habla de rasgos erasmistas<sup>8</sup> o de Bataillon y de Morreale, que prefieren ver en Luciano al inspirador de Quevedo<sup>9</sup>.

No vayamos a creer que la división de opiniones es consecuencia de una crítica aplicada a la obra de Quevedo en su conjunto, lo cual sería perfectamente lógico, teniendo en cuenta la variedad de los escritos del ilustre polígrafo que forman un campo abierto y demasiado amplio. Ocurre exactamente lo mismo cuando se estudia un punto determinado, perfectamente delimitado, y hasta podría ser divertido oponer ciertas páginas de las obras arriba mencionadas de Ilse Nolting Hauff y de Herrero García: aquél deja sentado que estamos en un nivel únicamente literario, mientras para éste la sátira arranca directamente de lo observado en la vida diaria.

Ya que una parte importante de la investigación actual no admite lo que anteriormente parecía indiscutible y rechaza, indignada, la posibilidad de que haya un asomo de realidad en las páginas de los escritores del Siglo de Oro, el lector, sometido al tiro convergente de tantas afirmaciones brillantes y seductoras, tiene la impresión de una literatura que recupera tópicos muy antiguos y se ingenia únicamente para reproducirlos de manera original. Frente a esa tendencia actual, parece difícil afirmar lo contrario pero, por eso mismo, hace falta replantear el problema sector por sector y preguntarse en qué medida las páginas escritas por Quevedo están en contacto con la realidad o faltas de esa conexión.

Examinemos entonces un caso muy concreto, el de los médicos, del que el mismo Ilse Nolting Hauff confiesa que:

*parece como si Quevedo retrocediera hasta los modelos más rudimentarios de la Baja Edad Media...*<sup>10</sup>

Otros, como Asensio, reconocen que para nuestro autor el tema es una verdadera obsesión<sup>11</sup>.

Ya que actualmente el mundo de los médicos de los siglos anteriores interesa a muchos investigadores procedentes de disciplinas tan diferentes como sociología, historia, medicina, etc., nos parece importante proyectar sobre los escritos de Quevedo el resultado de sus trabajos.

Dicho sea de paso, pensamos que es la única vía posible para el investigador de formación literaria, si no quiere cometer equivocaciones a la hora de afirmar que tal o tal episo-

<sup>7</sup> CÈBE: *La caricatura et la parodie dans le monde romain antique des origenes à Juvénal* (Paris, Boccard, 1966; cap. III, §1).

<sup>8</sup> PABELL: *Quevedo (su tiempo, su vida, su obra)*; Barcelona, Ed. Barna, 1947; § «Los Sueños».

<sup>9</sup> Véase MORREALE, M.: *Luciano y Quevedo: la humanidad condenada* (Revista de Literatura, VIII; Madrid, 1955). Por su parte Bataillon, si bien admite la influencia de Luciano rechaza la de Erasmo: véase su obra *Erasmo y España* (México, Fondo de Cultura Económica, 1950; pág. 773).

<sup>10</sup> ILSE NOLTING HAUFF (*op. cit.*; pág. 122).

<sup>11</sup> ASENSIO, E.: *Itinerario del entremés desde Lope de Rueda a Quiñones de Benavente* (Madrid, 1965; págs. 223-225).

dio es el testimonio de una realidad vivida o, al contrario, que no es más que la recuperación de un tópico únicamente literario y por eso mismo carente de cualquier credibilidad.

Examinemos, pues, en un primer momento lo que Quevedo reprocha a los médicos.

## I) De las acusaciones de Quevedo

### 1) De los «atributos» de los médicos

Hablando del aspecto del médico, puesto de relieve por Quevedo, declara Ilse Nolting Hauff, de acuerdo con la mayoría de los críticos, que se trata de «atributos profesionales... ya legendarios» y además «casi totalmente desarrollados en sus antecesores»<sup>12</sup>. Digamos que, aunque se lee muchas veces lo contrario, los médicos, como lo demuestra David Peyre Ya no llevaban, en aquella época, un uniforme o un traje particular, pero sí ciertas prendas que los diferenciaban de los demás<sup>13</sup>. Claro, se puede ver en las palabras de nuestro censor un ataque contra el demasiado lujo ostentado por esa profesión, pero, aun con todo, no podemos estar de acuerdo con Ilse Nolting Hauff cuando escribe que:

*Quevedo no ha añadido prácticamente nada...*<sup>14</sup>

Bajo la pluma de nuestro autor, el aspecto del médico desempeña un papel importantísimo, ya que la gente confunde y asimila parecer y ser. He aquí su denuncia:

*Si quieres ser famoso médico, lo primero linda mula, sortijón de esmeralda en el pulgar, guantes doblados, ropilla larga y en verano sombrero de tafetán. Y en teniendo esto, aunque no hayas visto libro, curas y eres doctor; y si andas a pie aunque seas Galeno, eres platicante. Oficio docto que su ciencia consiste en una mula...*<sup>15</sup>

Que tengamos aquí una denuncia contra el demasiado lujo, como ya dijimos, lo admitimos. Lo que sí queremos subrayar es que Quevedo no culpa a los médicos, sino a la opinión pública que niega su consideración a quien no corresponde con los cánones comúnmente admitidos. Del ser y del parecer, éste es lo más importante: si un médico quiere triunfar, tiene que cuidar de su aspecto. Claro que éste puede esconder una realidad no muy lucida: las exigencias de la opinión pública abren la puerta a cualquier abuso y en primer lugar a la ignorancia. De aquí el tono feroz y la ironía amarga de nuestro censor que, si bien acusa a los médicos, ensancha de manera indiscutible el campo de la sátira tradicional.

### 2) De la ignorancia e incompetencia de los médicos

Si nos atenemos a lo que dicen los diferentes críticos, y Nolting Hauff es buena muestra de ello, todos los escritores que satirizaron a los médicos se burlan de su manía de em-

<sup>12</sup> ILSE NOLTING HAUFF (*op. cit.*; pág. 122).

<sup>13</sup> DAVID PEYRE, Y: *Le personnage du médecin et la relation médecin-malade dans la littérature ibérique (XVI<sup>e</sup> et XVII<sup>e</sup> siècle)*; París, Ed. Hispano-Americanas, 1971; pág. 12 y sgs.

<sup>14</sup> ILSE NOLTING HAUFF (*op. cit.*, pág. 123).

<sup>15</sup> *Libro de todas las cosas*, Obras Completas, Aguilar, 1961; t. I, pág. 115a.

plear fórmulas que parecen encerrar todo su saber. Declara el investigador arriba mencionado que lo que otros dijeron antes que él «es repetido y variado ininterrumpidamente» por Quevedo <sup>16</sup>. Es exacto y ejemplos como el que vamos a dar abundan. Escribe nuestro autor:

*La ciencia es ésta: dos refranes para entrar en casa: el équé tenemos? ordinario venga el pulso... <sup>17</sup>*

Que el «vehículo» sea un tema literario antiquísimo no significa que el contenido de la sátira no tenga ni el menor punto de contacto con la realidad observada por Quevedo. Sobre este particular pensamos que Granjel L. S., cuando reproduce el testimonio de un médico de aquel entonces, Enrique Jorge Enríquez, aporta un documento molesto para quienes quieren eliminar la posible relación entre sátira y realidad. He aquí el documento:

*De lo mucho que yo me burlo es que los miserables a los cantones y calles y en las boticas dan voces, claman trayendo luego aquellas autoridades, que saben de memoria, para que el vulgo los tenga por sabios, y tomando el pulso al enfermo, luego dizen opilatio... <sup>18</sup>*

¿Por qué no admitir que esos «miserables» sirvieron de modelo, con sus fórmulas, verdaderos comodines con colores científicos, para la sátira de Quevedo? Acaso, ¿no esconden su ignorancia bajo ese barniz? Claro, por otra parte, tenemos que reconocer que, como lo dice Granjel:

*La consulta se ha prestado a deformación caricaturesca... <sup>19</sup>*

Deformación, de acuerdo, pero no caricatura abstracta si nos atenemos a lo que afirmaba Jorge Enríquez. Con todo, no podemos tachar a todos los médicos de ignorantes e incompetentes, aunque es de suponer que unos cuantos permitieron, con un comportamiento criticable, la siempre actualizada sátira.

Lo malo es que se pasa fácilmente de la noción de ignorancia a la de incompetencia <sup>20</sup>. De aquí lo que se califica a menudo de juego tremendista y que permite materializar una acusación terrible: los médicos, según Quevedo, son unos asesinos, con la complicidad de los boticarios, que venden y preparan los medicamentos recetados, y con la de los barberos que sangran a los pacientes. Dice nuestro censor:

*el clamor del que muere empieza en el almirez del boticario, va al pasacalles del barbero, pásase por el tableteado de los guantes del doctor, y acábase en las campanas de la iglesia... <sup>21</sup>*

Muchas de las páginas escritas por Quevedo participan del mismo deseo. La exageración y el juego son indiscutibles: estamos frente a un trío infernal, a las tres Parcas reencarnadas. No existe ni la menor diferencia con la presentación del «médico verdugo» <sup>22</sup> o con la de su mula asimilada a «las escaleras de la horca» <sup>23</sup>. En los tres casos, y se pueden

<sup>16</sup> ILSE NOLTING HAUFF (*op. cit.*; pág. 125).

<sup>17</sup> *Libro de todas las cosas*, Obras Completas, Aguilar, 1961; t. 1, pág. 115a.

<sup>18</sup> GRANJEL: *Médicos españoles* (Universidad de Salamanca, 1967; cap. «Retrato de un médico renacentista»).

<sup>19</sup> GRANJEL: *El ejercicio de la medicina en la sociedad española del siglo XVII* (Universidad de Salamanca, 1971; pág. 39).

<sup>20</sup> ILSE NOLTING HAUFF afirma que Quevedo «presupone la incompetencia profesional» (*op. cit.*; pág. 125).

<sup>21</sup> *El sueño de la muerte*, O. C.; t. 1, págs. 175b-176a.

<sup>22</sup> *La hora de todos*; ep. I; O. C.; t. 1, pág. 231b.

<sup>23</sup> *Id.*; ep. XXV, O. C.; t. 1; pág. 246a.